

STAR CRAFT

HEART OF THE SWARM

EL INVERNADERO

Michael O'Reilly y Robert Brooks



BILZARD
ENTERTAINMENT

«Muchos son los caminos hacia la muerte. Hacia la victoria solo hay uno.» — Precepto del Invernadero nº 1

Gabriel Feltz no podía respirar. El aire reciclado apestaba a basura caliente y empeoraba cada vez que los otros veinticuatro desgraciados de la bodega espiraban. Estaban tirados a oscuras sobre el duro suelo, con todo el cuerpo temblándoles por el traqueteo de la nave. Gabriel solo había logrado dormir algunos minutos en varios días.

El traqueteo finalizó con un golpazo que hizo gritar a unos cuantos pasajeros. Las puertas se abrieron y entró luz a raudales. Lo habrían agradecido de no ser por la ráfaga de aire frío que entró simultáneamente. Atizó como un golpe físico, cubriéndoles la piel y oprimiéndoles la garganta. Fuera parecía no haber nada salvo la luz y el olor a nieve.

Entonces una gran sombra avanzó resuelta y se paró entre las puertas. Todos sabían qué era. Metro ochenta y la complexión de una estatua, con un arma enorme en las manos. Apuntó el arma y gritó.

—¡En pie todos! ¡Cuarenta segundos más y os helaréis! ¡Moveos!

Gabriel salió arrastrando los pies junto a los demás, protegiéndose los ojos del hielo que soplaba. Dio un grito cuando sus pies dejaron la rampa y cayeron sobre 30 cm de nieve. Otros guardias con armadura de combate arreaban a los prisioneros hacia unas puertas enormes que se abrieron ante ellos como las mandíbulas del infierno. Desde la entrada llegaba algo de calor y el grupo corrió hacia el refugio.

Cuando las puertas se cerraron, las luces iluminaron su nuevo hogar. Sin duda estaba hecho por el hombre, con todo de acero y cables y un pasillo que se adentraba aún más hacia dondequiera que estuvieran. Un guardia gritó una orden y siguieron avanzando hasta llegar a otra puerta. Más allá de esta había un vestíbulo lo bastante grande para quinientas personas.

—¡En fila! —exclamó el guardia—. ¡El alcaide pasará revista!

El alcaide Kejora estaba en el centro mismo del Eje, con las manos a la espalda, contemplando las docenas de pantallas ante él. Cada una mostraba nuevas llegadas. No le gustaba el aspecto de ninguna. Lo habitual. Un pequeño porcentaje de la humanidad se resistía de algún modo a la resocialización, pero incluso entre ese grupo minúsculo, su programa recibía solo lo peor: piratas, delincuentes de poca monta, asesinos... Tal vez uno o dos disidentes políticos.

No era la primera vez que se planteaba fusilarlos a todos, pero ese no era su trabajo. El emperador Mengsk quería segadores, y segadores tendría.

—¿Qué hay de ese? —dijo Kejora, señalando—. El séptimo de la fila.

Era un joven bajo y desnutrido, un chico, en realidad. Su cabeza y sus hombros desnudos estaban decorados con quemadas de ácido, y los antebrazos surcados de cicatrices. Los ojos que se asomaban desde aquella cara maltratada eran como los de un protoss, muy abiertos y sin revelar nada.

Uno de los analistas, un alférez, buscó la respuesta. —Soldado Samuel Lords, veintidós años. Múltiples cargos de agresión, mal uso de equipo militar y destrucción de propiedad militar. Seis cargos de asesinato. Su perfil psicológico es de lo más jugoso.

—Ya me imagino. ¿Cómo se hizo esas cicatrices?

—Las heridas de la cabeza las sufrió en un mundo ocupado por los zerg, señor. Fue uno de los primeros en ser desplegados contra una colmena. La operación no estaba bien planeada: todo el pelotón fue alcanzado por biotoxinas zerg. Él sobrevivió de algún modo. Las otras lesiones son autoinfligidas.

Kejora amplió en pantalla la tracería de tejido destruido en la cabeza de Lords, pensando en el historial delictivo del chico. A saber cuántas sinapsis habrían quedado empapadas de veneno alienígena, convirtiendo al muchacho en un golem. El entrenamiento diría hasta qué punto era útil. El alcaide redujo la imagen y volvió a los otros.

La mayoría de los nuevos presos tenían la mirada fija hacia delante o hacia abajo. Unos pocos miraban a los guardias de un modo desafiante. Pero un par de ojos iban de aquí para allá, al borde del pánico.

Kejora nunca había visto a nadie tan aterrado en el vestíbulo. —¿Quién diablos es ese? El número veinte de la fila.

Los técnicos teclearon en sus ordenadores, pero al cabo de varios minutos aún no habían respondido. Kejora se giró y los vio a los tres apiñados frente a una pantalla.

—¿Qué ocurre?

—No tenemos casi nada, señor. Se llama Gabriel Feltz, recogido en una avanzada colonial. No hay antecedentes penales, ningún detalle, ni siquiera una nota sobre su aptitud neural.

Kejora frunció el ceño. No sería la primera vez que un burócrata hubiera escatimado en papeleo. —Envíen una solicitud a Korhal. Necesitamos algo más.

—Tardarán al menos un día en respondernos. ¿Sacamos a Feltz del grupo?

—No. Pónganme con ellos. —Unos cuantos clics más tarde, la luz amarilla de delante del micrófono que había en el centro del Eje se encendió.

La voz de Kejora tronó en el vestíbulo. —Bienvenidos al sistema Torus, prisioneros. Están aquí porque nadie más en toda la galaxia quiere saber nada de ustedes. Esta es su última oportunidad para ser de utilidad al Dominio. Aquí solo hay unas pocas reglas, pero se reducen a un concepto bien sencillo: o se convierten en segadores o mueren en el intento. Ustedes mismos.

«La victoria merece cualquier precio. El precio siempre es alto.» — Precepto del Invernadero nº 2

Un estremecimiento recorrió a los presos de la hilera, como de costumbre. Kejora siempre disfrutaba con eso.

—El entrenamiento comienza tras su próximo ciclo de sueño. Terminará cuando yo lo diga.

—Tras una pausa, concluyó con: —Bienvenidos al Invernadero.

Los guardias hicieron señas a los presos para que fueran hacia otras puertas que se adentraban más en el complejo.

Los guardias no los siguieron al interior, y las puertas pesadas se cerraron con fuerza. Algunos de los presos buscaron con la vista a sus nuevos guardianes. En los huecos del corredor, blindados y armados con dos cañones gauss, había unos robots que les sacaban una cabeza a todos. No se movían, pero Gabriel supuso que podrían ponerse en marcha sobre sus orugas en cualquier momento.

Ninguno de los presos parecía interesado en ponerlos a prueba.

Sonó una remilgada voz femenina. Algunos se quejaron, echando pestes entre dientes de los asistentes y tal. La voz les dio una bienvenida formal a la instalación de entrenamiento de segadores, y dijo que esperaba que demostraran ser dignos colaboradores del Dominio. Aquello hizo soltar una carcajada sombría al joven de la cabeza llena de cicatrices.

La asistente describió alegremente la instalación como si leyera un folleto de viajes. Casi hacía que el lugar pareciera atractivo, pero no había que esforzarse mucho para ver las inquietantes señales de lo que los esperaba. El aire era seco y fresco, y aun así olía a caliente. En un panel de la pared había una mancha roja, seca... No hacía falta ser un genio para adivinar qué era.

La sensación de estar siendo observados era palpable. Gabriel levantó la vista y vio grupos de aparatos sensoriales por todo el techo: sensores térmicos, detectores de movimiento, cámaras y a saber qué más. Adiós a la privacidad.

Al fin llegaron a los dormitorios. Resultó ser una sección llena de celdas, y no estaban vacías. Un centenar de hombres que probablemente habían llegado tan solo unas horas antes salieron a saludar a los recién llegados.

Gabriel sabía que esto no sería un encuentro agradable. Intentó no llamar la atención. Sin duda habría alguien al que calarían, desafiarían y usarían como ejemplo. Como en respuesta a sus pensamientos, un tipo grande y larguirucho se acercó con aire arrogante a los nuevos presos, sonriendo como un cocodrilo.

—¿Qué tenemos aquí? —sonó una voz basta.

Todo el mundo miraba a la víctima que el bruto había elegido: el chico de las cicatrices. El hombre grandullón seguía con la sonrisa de reptil en la cara; se moría por lanzar un puñetazo, pero antes quería jugar.

—¿De dónde eres, canijo?

—No sé. —Ningún miedo. Ninguna emoción en absoluto.

—*No sé* —lo imitó el hombretón, provocando risas malvadas a su alrededor. —¿Y tu nombre? ¿Sabes cómo te llamas o eres tonto hasta para eso?

—El Lisco.

Gabriel sintió un picor en los brazos.

«Los presos deben pagar el precio de su propia supervivencia.» — Precepto del Invernadero nº 3

—¿Ah, sí? ¿Eres un mutalisco? Mira el tío. Creo que necesita un nombre nuevo. ¿Qué tal *Canijisco*? Pedazo de... ¿Pero qué...?

Gabriel no podía ver lo que el hombretón había visto, pero otros sí, y no se reían. Fue entonces cuando el muchacho actuó. Le propinó al bruto un fuerte puñetazo en el estómago que lo dobló. Una rápida serie de feroces patadas en el costado hicieron perder el equilibrio al grandullón, que cayó y se quedó tirado, lloriqueando en voz baja.

El chico miró a su alrededor, sonriendo. Era una sonrisa espantosa, todo dientes limados y encías costrosas. La sonrisa de un monstruo.

—Es el Lisco a secas.

Su ciclo de sueño no duró mucho. Una alarma aporreó sus oídos hasta que todos los ocupantes salieron de sus celdas.

Fueron conducidos a la cantina, donde una máquina dispensó su primer comida, un pegote desagradable de nutrientes y a saber qué más; no apetecía mucho, pero era lo único que daban. Un preso más voluminoso le arrebató a Gabriel su cuenco tras solo un par de mordiscos. Decidió no darle mayor importancia.

Nadie se acercó al Lisco mientras comía, con la pasta saliéndosele por los huecos de los dientes.

La asistente los invitó a volver a la galería, que había sido transformada en una versión sádica de una pista de atletismo. Se ordenó a los presos correr, saltar, agacharse, estirarse, esprintar, agarrar, una y otra vez. Una serie de cañones centinelas les quitaban las ganas de parar.

Al terminar el primer día, cada uno de los hombres era una piltrafa exhausta y maltrecha que solo ansiaba descansar.

Aquello solo iba a empeorar.

Los días se confundían unos con otros. No había un ciclo consistente. El tiempo de sueño dependía de lo que se le antojara a la asistente. La comida nunca cambiaba, pero el entrenamiento sí.

Decir que el Invernadero funcionaba con máquinas era quedarse corto. El Invernadero *era* una máquina. Cada sala contenía algún tipo de robot, muchos dedicados únicamente a un aspecto del entrenamiento. Los robots adoptaban las formas de dianas móviles, *sparrings* para técnicas de combate, obstáculos. No había indulgencia, no se permitía flojear, no había forma de que los presos se lo tomaran con calma.

Los peores días eran los de las jaulas de simulación. Cada preso era conducido a un dispositivo en forma de ataúd lleno de bombillas, cables y correas, y la asistente lo invitaba a tumbarse dentro. La negativa no era una opción.

Lo que seguía era poco menos que una pesadilla. Se enviaban directamente al cerebro luces y sonidos elegidos para estimular una emoción. Gabriel se quedaba tendido en uno de los dispositivos mientras manejaban sus sentimientos como las cuerdas de un títere. Sentía una alegría eufórica y una desesperación abrumadora, un terror que le daba más ganas de autodestruirse que de aguantar.

Cada sesión finalizaba igual para cada preso: salía a rastras y caía al suelo entre sollozos y temblores. Incluso el Lisco respondía a este tratamiento, aunque sus ojos tenían un aire más ávido que desdichado.

Al cabo de tres semanas, un hombre no despertó. La asistente ordenó a los presos que desalojaran las celdas. Gabriel alcanzó a ver un despojo tembloroso en una litera, con la boca cubierta de sangre seca. Cuando regresaron, ya no estaba.

—Hay algo en ti.

Gabriel levantó la mirada desde el banco. El Lisco le estaba hablando. Ese chalado no había hablado con nadie desde que llegaron. —¿A qué te refieres?

—No estás tan asustado como deberías. —El Lisco sonrió. Sus dientes afilados hacían que pareciera cualquier cosa menos alegre—. Los otros te quitan la comida. Te quitan la litera. Te hacen esperar en la letrina. Eres el último mono. Deberías tener más miedo.

—Gracias, supongo —dijo Gabriel, y comió otra cucharada de gachas insulsas. Nadie más se había acercado a la mesa desde que el Lisco se había sentado. Tal vez hoy Gabriel pudiera comerse todo el cuenco.

«Los presos deben protegerse a sí mismos en todo momento. Consideren cada momento de calma como un campo de batalla, y cada campo de batalla como un momento de calma». — Precepto del Invernadero nº 4

—No era un cumplido —dijo el Lisco. No había malicia en sus palabras, solo una curiosidad desconcertante—. Te muestras débil. Tu aspecto es débil. Pero no estás asustado. Así que en realidad no eres débil. Te escondes.

Gabriel sospechaba que el Lisco no aceptaría un no. —Supongo que las cosas irán más a peor que a mejor —dijo—. Tal vez me convenga que me subestimen.

El Lisco no parecía escucharlo. Se quedó mirando el intenso cardenal morado del brazo de Gabriel. —Podías habértelo ahorrado.

Era cierto. Habían cubierto la pista de robots que disparaban balas de goma. Las máquinas se movían despacio, no podían agazaparse ni esquivar y apenas podían apuntar a un blanco móvil. Debería haber sido lo más fácil de evitar.

Entonces un robot había proyectado el holograma de un niño. No era un holograma sólido, ni siquiera bien representado, pero lo había sobresaltado y titubeó. El robot lo castigó con un disparó en el brazo.

—No pude evitarlo —dijo, pero el Lisco mostró esa horrible sonrisa suya.

—Sí que puedes. Lo noto. Ellos, no creo. —Señaló al techo.

Gabriel rió. —Lisco, ¿nunca te han dicho que eres un poco raro?

El Lisco se encogió de hombros. —Lo soy.

Kejora distaba de estar ocioso. Cada día observaba a los presos a su cargo, disponía sus rotaciones, gestionaba sus lotes de nutrientes. No sabían que habían comido ocho platos distintos hasta ahora, cada uno un mejunje de esteroides, neutralizadores, retardantes hormonales y lo que básicamente era veneno. Con los lotes era un poco como dar palos de ciego, y por más bueno que fuera el promedio de éxito, siempre había uno o dos fallos en las primeras etapas del ciclo de entrenamiento.

Revisó la grabación de la autopsia del prisionero Henisall. Mientras miraba la disección, habló al doctor que tenía a su izquierda. —¿Así que no sabe qué lo mató?

—Sospecho que fue el lote diecisiete, aunque aún no estoy seguro de cómo.

—De acuerdo, vuelva a ponerles el dieciséis, y no usaremos el diecisiete hasta haber hecho un análisis completo.

El doctor asintió con la cabeza y se fue del Eje. Kejora volvió a las pantallas. Los presos hacían cola para recibir sus insípidas gachas.

Minutos después, llegó un momento que había visto a menudo estas últimas semanas, cuando un preso de nombre Polek le cogió la comida a Feltz. Feltz había dejado que ocurriera todas las veces. Menos esta.

Kejora casi rió cuando Feltz se levantó de su asiento y le dio un coscorrón a Polek en el colodrillo. La comida y los presos se desperdigaron cuando los dos hombres se enzarzaron en una pelea. El comedor vibraba con gritos de ánimo. Incluso los técnicos del Eje interrumpieron sus tareas para mirar.

Kejora observó atentamente a Feltz. Las dotes para la lucha del recluta habían mejorado, pero aún no estaba a la altura. Probablemente Polek se había peleado un par de veces a la

semana durante sus años de formación. Quizás Feltz nunca se hubiera visto metido en una pelea de verdad.

Polek alcanzó a Feltz en la cara con su primer golpe, haciendo que el hombre, de menor tamaño, se tambaleara. Tres puñetazos rápidos después, y Feltz había sido derribado. Polek lo tenía inmovilizado en el suelo. Feltz no tenía ya muchas posibilidades tras eso. Su oponente, de mayor peso, le separó los brazos y procedió a aporrearlo como a un trozo de masa de harina. Los presos lo azuzaban. Era una masacre.

Kejora no pudo evitar fruncir el ceño. Según la política del centro no podía interferir. *«Consideren cada momento de calma como un campo de batalla, y cada campo de batalla como un momento de calma»*. Si Feltz no podía arreglárselas, no estaba hecho para ser un segador.

«Su enemigo es su mejor profesor. Aprendan bien.» — Precepto del Invernadero nº 5

Por otra parte, era Kejora quien había escrito esas reglas. Decidió que podía permitírselo.

Pulsó un botón y sonaron las sirenas por todo el comedor. La luz amarilla de delante del micrófono se encendió. —La hora de comer ha terminado. Vuelvan al entrenamiento. —Los presos acataron la orden lentamente, y Polek se levantó con cierta reticencia. Salieron de la cantina en fila, dejando a Feltz solo, inmóvil.

Kejora se volvió hacia uno de los técnicos. —Que lo atienda un equipo médico. Quiero que hable.

—¿Señor?

—Korhal aún no ha contestado, y estoy cansado de esperar respuestas. Ese hombre no encaja aquí. Quiero saber quién pensó que sí.

* * *

Mil moretones pugnaban por la atención de Gabriel en cuanto despertó, pero el dolor quedaba lejos, una mera silueta en el horizonte. Se sentía bien aunque no pudiera moverse. Unas correas lo tenían bien sujeto a una cama demasiado limpia para ser la litera de su celda.

—Al fin despierto.

Gabriel giró la cabeza hacia la fuente de la voz. Lo único que veía eran luces bonitas flotando en torno a una forma imprecisa. Una forma imprecisa e *imposible* que cambiaba a cada segundo.

—¿Cómo es que eres una manzana? No está bien que las manzanas se fundan en cubitos de hielo. —Gabriel se rió tontamente.

La voz soltó una carcajada breve. —Disfrute de los analgésicos mientras duren, Feltz. — Gabriel oyó el silbido débil de una máquina, y la sensación de paz se evaporó en un instante. La imagen de mil cubitos de hielo bailarines se descompuso hasta dar paso a la visión de una sala médica de iluminación brillante y el alcaide Kejora.

—¿Se siente mejor?

A Gabriel se le aceleró el pulso y la cabeza comenzó a darle vueltas. Se sentía despierto y el dolor ya no era tan lejano. —No. Para nada.

—Acostúmbrese. Es el mismo cóctel que meten en los paquetes de estimulantes, solo que diluido a una sexta parte o así. Ayuda a centrarse incluso en las peores condiciones. —El alcaide se sentó junto a su cama—. Normalmente los presos que reciben tratamiento médico se lo ganan por un rendimiento excepcional, Feltz. Usted no lleva aquí el tiempo suficiente para tener derecho a ello. Estoy rompiendo las reglas solo por usted.

—Me siento halagado.

—Me siento halagado, *señor* —dijo Kejora.

Gabriel se planteó brevemente la rebeldía. Muy brevemente. —Sí, señor.

—Mi personal tiene una docena de teorías diferentes sobre quién es usted, Feltz. —Kejora no apartaba nunca los ojos de los suyos—. Lo único en lo que estamos de acuerdo es en que no es carne de Invernadero. La gente inteligente, centrada y empática no debería estar aquí.

«Nunca permitan que sus enemigos los engañen con una falsa fachada. Miren más allá de su treta y la amenaza se les hará evidente.» — Precepto del Invernadero nº 6

Gabriel no podía evitar el sarcasmo en la voz. —Siento decepcionarlo, señor.

—¿Cómo acabó aquí?

—¿Señor?

El alcaide se inclinó hacia delante. —¿Qué delito cometió? ¿Por qué está aquí?

—¿No lo sabe? —dijo Gabriel, añadiendo rápidamente—, ¿...señor?"

—Haga como si no.

—Sí, señor —Gabriel ordenó sus ideas. Si alguna vez su historia debía sonar convincente...

—Mi hermano y yo éramos parte de un nuevo reasentamiento hace un año y medio. Resultó ser una mala decisión.

—La vida de los repobladores es dura.

—Es una vida *imposible* con el Dominio dirigiendo las cosas. Primero el papeleo, luego la supresión de suministros personales, y al cabo de dos meses tuvieron que forzar a media colonia a entrar en la mina solo para tener a los descontentos contenidos bajo tierra durante catorce horas al día. Mi hermano fue uno de los obligados; luego desapareció.

El alcaide asintió con la cabeza. —Así que usted hizo algo al respecto.

—Fui al juez de primera instancia a hacerle un par de preguntas. Él no quería oír hablar del tema, así que lo volví a preguntar en voz alta. Cuando me echaba de su despacho, de algún modo volqué sobre su camisa una botella suya de whisky escocés. Sus machacas la emprendieron conmigo y desperté en la lanzadera hacia el Invernadero.

El alcaide Kejora lo miraba incrédulo. —¿Eso es todo?

—No me cree.

—Puedo creer que un funcionario colonial *quisiera* enviar a alguien a aquí solo por ensuciarle la ropa. Lo que no me creo es que *podiera*. —Kejora parecía perdido en sus pensamientos—. No es fácil que lo manden a uno al Invernadero, Feltz, y usted no encaja aquí.

—Lamento desbaratarle el local, señor. ¿Qué piensa hacer al respecto?

Kejora sonrió. —Nada.

—¿Qué?

—El Dominio necesita segadores. A mí me basta con eso.

—Eso es... Señor... —farfulló Gabriel.

—Ahórreselo, preso —dijo Kejora—. Aquí hacemos segadores de la *nada*. La mayoría de sus compañeros de pabellón no valen ni el coste de traerlos aquí, pero les damos una

oportunidad de todos modos. Puede que el diez o el quince por ciento estén a la altura. El resto no. No se pierde gran cosa.

—Pero usted —prosiguió Kejora—, usted tiene más de dos dedos de frente. Hasta hoy había rehuido las peleas que no podía ganar. La fuerza bruta no lo es todo. Si puede con esto, será una de las mejores bazas en servicio. Mis segadores han recibido recomendaciones de los mandos más respetados del Dominio. Mis segadores infunden el terror en nuestros enemigos durante todo el combate, ¿y sabe por qué?

—Hacemos lo que hay que hacer —murmuró Gabriel.

—Exacto —Kejora se puso en pie—. Apréndaselo bien. Si quiere vivir, entrene y pelee como los demás y complete mi programa.

—Así de simple, ¿eh?

Kejora ignoró la falta de un "señor". —Podrá volver al entrenamiento dentro de dos días. Sugiero que comience a hacer amigos que puedan evitarle nuevas palizas.

Gabriel esperó a que Kejora fuera hasta la puerta. —Haré lo que haya que hacer, *señor*. — Algo en su tono de voz hizo que el alcaide se girara.

—Ya veremos.

Gabriel sentía las cámaras y los sensores siguiéndolo en todo momento. Logró evitar nuevos enfrentamientos con Polek, y el Lisco ayudaba a ahuyentar ataques de los demás.

Transcurridos tres meses, la asistente los hizo pasar a una sala en la que nunca antes habían entrado. Era lo más parecido a un premio que tenían en el Invernadero. La estancia, larga y estrecha, tenía una serie de armaduras a lo largo de las paredes. Más pequeñas y delgadas que la armadura CMC de un soldado, todas llevaban una gran mochila reactor en los hombros. A pesar de estar inactivas, parecía que los trajes iban a saltar en cualquier momento. El Lisco sonrió solo con verlos.

Cuando la asistente ordenó a los presos que se los pusieran, no hubo chascarrillos. Solo entusiasmo. Al cabo de unos minutos dio comienzo la siguiente fase del entrenamiento, y el Invernadero consiguió ir a peor.

El primer desafío fue la mochila reactor. Al principio los presos no tenían control sobre los propulsores; los controlaba la asistente, quien parecía disfrutar encendiendo aquellas cosas en los peores momentos, lanzando a los hombres contra techos y paredes hasta que

aprendían a girar. Las conmociones cerebrales eran habituales. Dos reclutas murieron por fracturas craneales.

Comenzaron el entrenamiento con armas nuevas. La pistola gauss 'guadaña' P-45 escupía como una pequeña bestia, y el traje apenas compensaba el retroceso. El campo de tiro quedó destrozado. Varios presos murieron a manos de sus compañeros.

Cuando al fin llegaron a un setenta y cinco por ciento de precisión, la asistente los felicitó. Luego les pidió que usaran dos a la vez.

Por último estaba la carga explosiva D-8, diseñada para volar estructuras. Tenía una potencia más que suficiente para estampar a los menos atentos contra la pared. El objetivo era aprender a activar y desactivar bombas, pero las condiciones eran extremas e inclementes: ruidos fuertes, oscuridad total o luz cegadora, salas donde se había eliminado la gravedad. Las lesiones y las víctimas mortales se acumulaban rápidamente.

Los presos siguieron luchando. Algunos murieron durante los ejercicios, a otros los encontraban muertos como a Henisall; unos cuantos se suicidaron. Gabriel siguió adelante. No había más opción.

Kejora añadió una novedad en su rutina. Antes de que se apagaran las luces, revisaba las imágenes del entrenamiento de Gabriel Feltz. No podía explicar el porqué. Bueno, sí podía, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

Estos dos últimos años en el sistema Torus habían sido productivos y satisfactorios. Una vez fuera del Invernadero, los segadores iban adonde se los necesitaba para salvaguardar los intereses del Dominio a sangre y fuego. El Invernadero iba recibiendo medallas y honores, en muchos casos a título póstumo y confidencial, los nombres de cuyos receptores se unían a una lista creciente de historias de éxito.

Pero nunca antes se había sometido a un inocente al Invernadero, así que Kejora observaba con preocupación. Era una amenaza, una bien sencilla. ¿Y si alguien se enteraba? ¿Y si la historia de Gabriel Feltz, el chico de las colonias con una racha de mala suerte increíble llegaba a las noticias nocturnas de la UNN? Incluso esos bustos parlantes se arriesgarían a la ira de las altas esferas por un reportaje tan bueno.

No se podía descartar una filtración. Alguien ya había violado el protocolo: jamás deberían haber enviado a Feltz ahí. Kejora todavía no había localizado al responsable. El juez de primera instancia no le había devuelto las llamadas, y los registros informáticos sugerían que de hecho nadie había dado la orden de transferir a Feltz.

Las notas de los técnicos tampoco eran de ayuda. La figura de Feltz era el centro de muchos debates. Su comportamiento había cambiado. Su actitud de tipo solitario había desaparecido. Había establecido vínculos con otros, en especial con Lords, el que se llamaba a sí mismo el Lisco. Se juntaban en cada comida y formaban equipo durante los ejercicios y en las luchas de entrenamiento. Para la mayoría de observadores, se habían hecho buenos amigos.

Kejora dejaba a los técnicos especular; no les había contado lo del consejo que le había dado al recluta. Feltz sabía que intimar con el hombre más temible del Invernadero alejaba de él atenciones hostiles.

Aun así... Feltz estaba mejorando. De un modo espectacular. Es más, estaba demostrando aptitudes inusuales para la táctica y la estrategia. Un líder potencial. ¿Y si se unía a las filas de los segadores?

Sería un ejemplo exitoso, comprendió Kejora. Feltz sería la prueba viviente de que el programa de segadores necesitaba reclutas hábiles e inteligentes, en vez de tener que extraer las últimas gotas de utilidad a la escoria deficiente de la humanidad. Los segadores ya estaban muy solicitados para la acción en el frente, pero, si pudieran ser aún mejores, todos los comandantes del Dominio exigirían que Kejora recibiera una mejor clase de reclutas.

En resumen, si Feltz triunfaba, marcaría el comienzo de una nueva era para la capacidad militar del Dominio.

Kejora apuntó sus últimas notas y cerró el expediente de Feltz. Hoy comenzaría la última fase del entrenamiento del grupo actual de presos. —El día de la graduación —dijo con una leve sonrisa.

Dio la orden al personal del Invernadero.

—Exámenes finales aprobados. Aliñen el siguiente lote de comida y activen los depredadores dentro de dos horas. Es hora de caldear el local.

—Algo no va bien, tío.

Gabriel sonrió al Lisco. —Llevas dos días con lo mismo.

El Lisco se metió otra cucharada de plasta beige en la boca. —Ya sabes de qué te hablo.

Gabriel tenía que admitir que probablemente el Lisco tenía razón. Su entrenamiento estaba en un periodo de estancamiento. Incluso habían tenido suficiente tiempo libre para dormir de forma decente durante dos días seguidos. Eso no podía ser bueno.

El Lisco dio una palmada sobre la mesa, haciendo que su cuenco medio vacío cayera de un bote. —No podré aguantarlo mucho más.

Gabriel se estremeció. —Lo sé.

—¡No lo sabes! —El Lisco dio un salto, gruñendo—. Ninguno lo sabéis. ¡Sobre todo tú! ¡Te mataré el primero, ahora mismo!

Gabriel se puso en pie con un trompicon y retrocedió. Este no era el Lisco normal. Si no cerraba la boca, tal vez Gabriel tuviera que darle una patada en los dientes y arrancarle la cabeza y luego ponerse a destrozar a todos y cada uno de los demás reclutas hasta que él, y solo él, quedara vivo...

¿Qué? Gabriel recuperó de repente la lucidez.

La locura se apoderó de todo el comedor. Puños cerrados; rostros contraídos por la ira. Comenzó con empujones, luego agarrones, y en cuestión de segundos se estaban lanzando puñetazos. El Lisco parecía haber perdido el norte, buscando frenéticamente a alguien con quien pelear y con los dientes rechinándole.

Gabriel miró su cuenco. *La comida. Claro.* Tenía que ser un juego de Kejora. La furia le quemaba en el pecho como si fuera ácido, y los labios se le contrajeron en una mueca involuntaria. Kejora pagaría. Con sangre. Por todo: por el entrenamiento y los muertos, y especialmente por Dennis...

¡Basta! Gabriel se obligó a sacudirse la rabia a fuerza de voluntad. —¡Lisco! ¡Cálmate: es la comida! ¡Es solo la comida!

El Lisco no le oía. Daba vueltas en un círculo pequeño como si estuviera en una jaula. Gabriel lo agarró por los brazos.

—¡Han puesto algo en la comida! —El Lisco negaba con la cabeza, pero Gabriel insistió—. Aquí no hay ningún zerg, ¿no? ¡No hay nada peor que los zerg! ¡Me lo dijiste tú!

Los ojos del Lisco se centraron en él. —Sí —logró decir—. Nada peor que los zerg...

Gabriel casi se desmayó de alivio. O sea que Kejora los quería asustados y furiosos pero capaces de controlarse. Esto tenía que ser parte de una prueba nueva. ¿Qué vendría después?

El comedor se iba vaciando a medida que los presos se iban hacia las salidas, gritando y sacudiendo los brazos. Quedaban varios prisioneros, entre ellos Polek. Gabriel se fue hacia él tirando del Lisco, resistiendo la voz airada que sonaba en sus venas. —Nosotros también tenemos que irnos.

Polek lo miró con desdén. —¿En qué universo te hacemos caso a ti, canijo?

Gabriel señaló con el pulgar a sus espaldas. —¿Quieres acabar como ellos?

Siete de los presos habían reaccionado mal, muy mal. Cuatro de ellos ya habían muerto por golpes repetidos en la cabeza; otro se agarraba su cara desfigurada. Los dos últimos intentaban triturarse la garganta mutuamente. Incluso Polek pareció sentir náuseas.

—Vamos, tenemos que salir de aquí. —Gabriel los condujo afuera.

Salieron del frenesí de la cantina para encontrarse con que las luces de los pasillos se encendían y se apagaban. La voz de la asistente resonaba por todo el complejo. —A todos los reclutas, diríjense a las bahías de arsenal 1 a 8 y prepárense para el combate. Esto no es un simulacro. Repito...

—¿Ahora somos los antidisturbios? —preguntó alguien.

Gabriel movía la cabeza de aquí para allá, buscando nuevas amenazas. —Esto sigue siendo entrenamiento. Estad alerta.

—¡Eh! ¿Oís eso?

Unas garras de acero repiqueteaban en el suelo.

Había algo agazapado al final del pasillo. Parecía un gato y se movía igual, pero era una máquina del tamaño de una moto butre. Giró su cabeza en forma de bala hacia los presos y abrió sus fauces metálicas. Un chillido espeluznante les agredió los oídos.

—¡Corred!

Salieron disparados por los corredores, sintiendo no muy lejos el galope de unas patas de metal. Uno de los hombres fue tan necio de mirar atrás. La bestia mecánica lo cazó un instante después y sus mandíbulas se cerraron en torno a su torso.

«Impongan la batalla a sus enemigos. No les dejen otra opción que enfrentarse a ustedes de la forma que ustedes hayan elegido.» — Precepto del Invernadero nº 7

Los otros fueron más sensatos y siguieron corriendo hasta que surgieron ante ellos las puertas abiertas de un arsenal. Se lanzaron a través de la apertura como si fuera el camino al cielo.

—¡Cerrad las puertas!

Las puertas comenzaron a cerrarse, con demasiada lentitud. La máquina se arrojó hacia el hueco dando un golpe, incapaz de pasar del todo, aunque alcanzó a meter la cabeza, salpicada de sangre, y abría y cerraba su terrible boca. Por fin Polek sacó una pistola de los estantes y la vació sobre el robot, haciéndolo trizas como a un papel.

Antes de que pudiera jactarse, Gabriel señaló a lo lejos. —¡Vienen más! —En efecto, toda una jauría de aquellas cosas se precipitaba hacia ellos. Gabriel apartó los restos destrozados del felino robótico y cerró las puertas. Se oyó un golpe al otro lado, seguido de inmediato por el sonido de metal rascando metal. A través de las puertas llegaba amortiguada una cacofonía de rugidos que recordaban a todas las bestias imaginables.

—¿Y ahora qué? —preguntó el Lisco.

Gabriel vio al otro extremo del arsenal los trajes de segador, las pistolas, las cargas D-8, incluso un conjunto de sistemas de suministro de paquetes de estimulantes especializados.

—¿Ahora qué? Haremos lo que hay que hacer.

Kejora echó un vistazo a las cifras que los técnicos le iban pasando. Cuatro reclutas muertos al primer minuto. Doce muertos transcurridos diez. Había visto inicios peores.

La comida con droga había surtido efecto. Imaginaba que Gabriel Feltz sería una de las primeras bajas, y le sorprendió ver que los demás supervivientes lo aceptaban tan rápidamente como líder. Los datos de este examen serían interesantes.

Kejora unió las puntas de todos sus dedos y observó los monitores. Docenas de reclutas luchaban por su vida por todo el Invernadero, mientras el personal se ocultaba en salas seguras secretas. La puerta al Eje daba al corredor principal, pero la habían cerrado mucho antes de este ejercicio y era inaccesible tanto para los reclutas como para las máquinas.

Los presos comenzaban a salir de los arsenales. Ahora empezaba la prueba de verdad, gracias a decenas de depredadores sin otra cosa que hacer que atacar a todo lo que tuviera pulso.

Un monitor sonó cuando los reclutas se dispersaron por los corredores. Feltz apareció dentro del traje RP17. Con él eran un total de cuarenta hombres armados y listos para el

combate. Un tercio de ellos deambulaba por su cuenta; no durarían mucho tras la siguiente oleada de robots. Aún quedaban por venir cosas peores que los gatos mecánicos.

—¡Aquí no hay ningún zerg!

Otra criatura robótica, con forma de hidralisco, se irguió y agitó dos miembros con forma de guadaña. El Lisco le disparó, gritando como un niño. No paró ni cuando aquella cosa cayó y se hizo pedazos ruidosamente.

—¡No hay zerg! ¡Aquí no hay zerg!

Los otros se encogieron de hombros y siguieron disparando. No había tiempo para calmar al Lisco. Demasiados zerg falsos a los que destruir.

La fuga inicial del arsenal había salido bien, pero las máquinas habían reemplazado rápidamente sus bajas. No había más opción que correr, saltar, lanzarse y disparar contra todo lo que se moviera. Gabriel y su equipo dejaban un rastro de casquillos y piezas de desguace.

Los robots eran demasiado lentos, torpes e inexpertos para detenerlos. Aunque el cuerpo le dolía y sus pulmones protestaban, Gabriel lo pasaba en grande. Kejora no bromeaba acerca del desafío. Duro, pero factible. Gabriel iba a conseguirlo.

Pero antes había algo que hacer. Se puso a disparar al techo.

Kejora se quedó mirando las pantallas recién desactivadas. —Qué ha pasado?

—Hemos perdido los sensores de todo el corredor. Estamos ciegos en la sección L4.

El alcaide renegó. Era ahí donde estaba Feltz.

—Señor, un grupo de trajes ha desaparecido.

Kejora miró la información. Uno de los trajes era el RP17. —¿Muertos?

—Información nula. No hay ningún dato.

—Entonces, alférez —dijo Kejora con paciencia forzada—, ¿puede decirme qué decían los datos *antes* de que los trajes desaparecieran?

—Presión sanguínea y ritmo cardíaco elevados, agitación considerable... nada inusual.

Para este ejercicio, por lo menos. Kejora negó con la cabeza.

—¿Algo anormal en el traje RP17 justo antes del apagón?

—No, señor, no gran cosa.

Kejora respiró hondo. —¿*No gran cosa*? ¿Le importaría explicarse?

El alférez tragó saliva, con la frente cubierta de gotas de sudor.

—S-sí, señor. Recargó sus armas antes del apagón, y su ritmo cardíaco bajó ligeramente — dijo el técnico—. Estaba tranquilo. No creo que los emboscaran...

—*¡Shh!* —Kejora acuchilló el aire con la mano. El técnico se quedó callado para su propio alivio, y Kejora se puso en pie, escuchando atentamente. Habría jurado que había oído un silbido a la entrada del Eje, un silbido como el de...

...un paquete de estimulantes.

Kejora volcó su escritorio de una patada y se agachó detrás de él. —¡Al suelo!

El rugido de dos pistolas gauss llenó la sala, y el escritorio tembló mientras su superficie se punteaba con impactos de bala. Algunos técnicos gritaron y murieron mientras el aire se impregnaba de olor a cobre y cordita.

Kejora desenfundó su arma personal —una simple pistola semiautomática, pero era más que nada— y esperó a que el barullo menguara. Algunos gemidos prolongados le indicaban que aún quedaban técnicos con vida, pero por el momento tendrían que arreglárselas solos. Se hacía una buena idea de quién estaba tras la puerta.

—¿Feltz?

El recluta rió. Su voz sonaba maníaca por la adrenalina y el subidón químico. —Sí, señor, alcaide; señor, presente, señor.

—Una emboscada decente, Feltz. Le resto puntos por delatar su posición. El sistema de suministro químico hace ruido, incluso en combate. Buena nota en general. —Los efectos de los paquetes de estimulantes solo duraban unos segundos. Si Kejora podía entretenerlo solo un poco más...

—Significa mucho para mí, viniendo de usted. —Otra andanada de disparos ensordecedores sacudió el Eje.

«Hay que afrontar y destruir al enemigo con eficiencia. El método no importa. Usen el cuchillo, o la pistola, o la bomba, o el puño. No vacilen nunca.» — Precepto del Invernadero nº 8

Kejora aguantó el embate con calma. En medio del caos, oyó unas pisadas fuertes: Feltz iba a flanquearlo. El alcaide disparó a ciegas sacando la mano por un lado del escritorio, sin querer asomar la cabeza para apuntar mejor.

Las pisadas se detuvieron junto a una hilera de ordenadores de la pared del fondo. Se oyó el ruido de cargadores vacíos cayendo al suelo.

—Ha fallado, alcaide.

—Eso parece. —Kejora recargó su pistola—. ¿Está descontento por algo, Feltz?

—Descontento por lo de mi hermano, *señor*.

El alcaide recordó su charla en la sala médica. —El que desapareció. ¿Qué pasa con él?

—No le dije exactamente la verdad, alcaide —dijo Feltz—. Mi hermano no está desaparecido. Sé dónde está. O mejor dicho, dónde estaba.

—¿De veras? —Kejora necesitaba alargar la conversación todo lo que pudiera. Los disparos en el Eje habían activado automáticamente una docena de alarmas silenciosas. Pronto llegarían equipos de seguridad desde todos los rincones del Invernadero.

Pero se dio cuenta de que se retrasarían. Debido al examen final en curso no tendrían una ruta despejada hasta el Eje. Tendrían que abrirse paso a través de los mismos enemigos a los que se estaban enfrentando los reclutas.

Kejora dudó que pudiera evitar que Feltz lo matara antes de que llegaran.

—Mi hermano estuvo aquí, alcaide. En el Invernadero, bajo su atento cuidado. —Dos clics resonaron en la sala cuando Feltz introdujo un cartucho en la recámara de sus pistolas—. Me costó mucho tiempo y dinero conseguir esa información. *Mucho*. Ni se lo imagina.

—¿Puede pedir un reembolso? Usted es el primer Feltz que hemos tenido aquí.

Las palabras del segador sonaron por encima del estruendo del combate lejano. —¿No ve el parecido familiar? ¿No vale la pena acordarse de los que mueren en el entrenamiento? No me sorprende.

—Me acuerdo de cada preso.

—¿Hasta de los fracasados? ¿Los que no lograron ser útiles?

—De esos especialmente.

La voz de Feltz se tornó gélida. —Mi hermano se llamaba Dennis Staton.

¿Dennis Staton? Había muerto apenas una semana después de iniciado el entrenamiento; el lote siete no le había sentado bien, y algunos de sus órganos vitales se le habían medio derretido. No fue una gran pérdida. Dennis Staton había sido un recluta vulgar e inútil.

Kejora decidió omitir los detalles. —Le di a su hermano una oportunidad. La misma que tuvo usted. Simplemente no salió bien.

—Mi hermano *nunca* tuvo una oportunidad —dijo Feltz. El efecto del paquete de estimulantes había pasado. La voz le tembló por la resaca química, pero sus palabras conservaban todo su veneno—. Usted no se la dio. Nadie se la dio.

—Se equivoca.

—Yo sabía dónde me metía. Estaba *preparado*. Él no. —El silbido de los propulsores del segador subió de tono repentinamente. Feltz se preparaba para actuar—. Y usted tampoco. Ha llegado el peor de los segadores. Es la hora de la venganza.

—¿Venganza? ¿Por qué? —Kejora asió con fuerza su pistola—. Iban a ejecutarlo, Feltz...

—Me llamo Staton.

—Su hermano era un delincuente, Staton, y no muy listo. Si hubiera tenido un ápice del control que usted tiene, solo habría estado encerrado un par de semanas por hurto —dijo Kejora—. En vez de eso, mató a dos civiles por el puñado de créditos que llevaban en los bolsillos y no se había alejado ni tres manzanas cuando la ley lo atrapó.

—Era mi hermano. Merecía algo más que este maldito infierno personal suyo.

—Mi infierno personal *funciona*. —Kejora recorrió la sala con la mirada, buscando una salida. Solo había malas opciones, vías al descubierto—. Dígame que no es así. Dígame que no lo he convertido a usted en uno de los asesinos más eficaces que la galaxia haya visto.

—Mi enhorabuena por su magnífico trabajo, alcaide —dijo Feltz. Los propulsores de su armadura silbaban increíblemente alto en aquel espacio reducido—. Aquí tiene una muestra especial de mi agradecimiento.

Kejora cerró los ojos. El escritorio no lo protegería de muchos más disparos continuados. No había posibilidad de huir sin cruzar el campo de tiro de Feltz.

No había escapatoria.

El sonido estridente de una pistola gauss llenó todo el Eje, y la superficie del escritorio vibró y se inclinó bajo un torrente de impactos de bala. Una segunda P-45 abrió fuego.

Luego una tercera. Y una cuarta.

¿Qué?

El ruido se apagó, y Kejora oyó un cuerpo con armadura caer al suelo.

Permaneció agazapado.

—¿Alcaide?

Era una voz distinta, una voz familiar. Kejora sonrió. —¿Lords?

Salía humo de las dos pistolas gauss del Lisco. —Sí, señor.

—Buen trabajo, recluta. —Kejora se puso en pie.

Feltz —no *Staton*, siempre sería *Feltz* para Kejora— yacía tendido sobre un costado, con agujeros de bala en la parte trasera de su armadura. Kejora se arrodilló junto a Feltz y le quitó con cuidado el protector de la cabeza y la máscara. Una espuma de sangre arterial de un rojo intenso se le formaba con cada aliento jadeante y superficial, cada uno más débil que el anterior.

Los ojos de Feltz mostraban un estado de shock y confusión. Intentó girar la cabeza hacia el Lisco, y una pregunta sin palabras salió sofocada de su garganta.

Kejora dio unas palmadas en el hombro a Feltz. En cierto modo había superado todas las expectativas del programa al imponerse al cierre preventivo del Invernadero, a pesar de estar aturdido por drogas durante una situación de combate, nada menos. Había localizado y arrinconado a su objetivo, burlando innumerables sistemas de seguridad diseñados precisamente para evitar esa posibilidad.

Era la prueba de que el Invernadero funcionaba con reclutas mejores. Si Kejora le presentaba la idea directamente al emperador Mengsk en persona, al mes siguiente podría tener reclutas de más nivel. El programa necesitaría algunos ajustes, por supuesto, pero eso era de esperar.

El otro segador contemplaba a Feltz con gesto extrañado. —¿Por qué lo he hecho, señor? Creo que era mi amigo.

—Eres un segador, Lords —dijo Kejora.

El Lisco pensó en ello en silencio y observó cómo se le nublaban los ojos a Feltz. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Hago lo que hay que hacer.

«La única verdad está en la victoria. Todo lo demás es polvo que el viento se lleva fácilmente.» — Precepto del Invernadero nº 9